

LOS MOZOS DE OTERO

No sé lo que cantarán las estadísticas, pero así, a ojo, se tiene la impresión de que las catástrofes suelen caer en día de regocijo, como por dar la razón a algún moralista estrecho, de aquellos que nos ensombrecían con su espada de Damocles. Lo de San Rafael de Segovia ha estropeado uno de los más hermosos domingos de todo el año, porque era junio y la primavera empezaba a arrepentirse de sus deslealtades. Azul estaba el cielo sobre los picachos limpios, al fin, de nieve; y hay que ver lo que es Castilla cuando tocan a la plenitud del inmenso trigal entreverado de flores. El caso es que la armonía del mundo se quebrantó en un instante. Dicen que hubo en seguida un asombroso vacío, sensación de la nada, silencio; antes de levantarse la confusión de clamores. A lo mejor fue sólo una fracción de segundo y a quienes ahora pueden contarle les pareció eternidad. Todo había pasado ya, pero todo empezaba entonces. Acudieron ayudas de muchas partes, rivales en la abnegación. Pero de la maraña de noticias quisiera el cronista rescatar para este espacio, aquello más humilde y acaso menos advertido: "Los primeros en llegar fueron los mozos del pueblo de Otero, que tuvieron una actuación destacadísima en los primeros momentos".

Otras colectividades se identifican bien en nuestro pensamiento. Vinieron los bomberos, decimos; la Guardia Civil; los soldados de la Milicia Universitaria... Cuerpos organizados, localizables de inmediato en sus retenes y acuartelamientos, homogéneos en su disciplina y en la uniformada apariencia. Los mozos de Otero, como bien puede suponerse, no tienen ningún signo que los agrupe formalmente. Pero son una Institución, igual que en cualquier otro pueblo de España. Como tal llegaron al suceso, a bregar sin duelo de sus cuerpos ni de los trajes de domingo. No José, ni Manuel —o Aciscio y Telesforo, que por allí se le guarda consideración al santo del día en que uno nace— sino en bloque, "la mocedad" unánime del lugar.

Quien escribe sabe lo difícil que es encontrar verdaderos sinónimos, porque siempre hay un matiz delgado que distingue. Se prefiere "juventud" para la que anda en fábricas y universidades o con cualquier otra cosa de ciudades y villas, mientras que "mocedad" va más con los pueblos; y no se tome a mala parte, que la palabra "mozo", además de contener todos los privilegios de la fresca edad más bien trae en esas misteriosas entretelas del lenguaje un sentido de fortaleza y vigor casi forestales. Los mozos de los pueblos son una fuerza tremenda que nada tiene que ver en el curso del río hecho y derecho, y menos aún con la sumisión del que se entrega al mar. Torrente,

sí. "Terrible animal son veinte años -defínese en el Guzmán de Alfarache-, y no ay batalla tan sangrienta ni tan trabada escaramuza como la que trae la -mocedad consigo." Consigo y con los otros, será un mejor decir. Los mozos son capaces de tirar un santo al río, pero también pueden matarse por sacarlo en procesión. Saben de burlas crueles. Igual que de grandes y como avergonzadas ternuras. Y, en resumen, siempre que hay que defender las cosas grandes, ¿quién con mayor generosidad? En algunas comarcas dicen del recluta que marcha a la Caja, que fue "a entregarse". Es verdad que vale para quien se da prisionero, pero también es palabra que designa renunciamiento, abnegación. A veces la entrega es aceptada totalmente por el destino... Hace poco lo meditaba en Francia -todos los mozos del mundo se parecen-, cuando más que otras reliquias de la guerra me hería un extraño monumento en campos de Gascuña. Fue el maquis de Mellán, hasta que un día cayeron, todos, en la trampa de los invasores. Un autobús quemado -ellos murieron dentro- conmemora aquel sacrificio que dejó al, "village" sin pulso ni canciones, sólo con la esperanza de una nueva floración.

No tengo a mano un mapa de letra menuda, ni aquel Bailly-Baillièrre que dentro de sus tapas amarillas alistaba hasta la aldea más diminuta de nuestras provincias, incluso con el nombre de su pedáneo, las abacerías, el estanco..., y esa aparente broma de los habitantes de hecho y de derecho. Pero apostarí a que hay en la sonora toponimia de España otros Oteros y Oteruelos, hermanos de los que se nombran Corullón, Puente del Rey, Palazuelo, Robledillo, Aldeaquemada, Vilanova... Por Otero de Segovia· no pasé nunca -aunque tampoco estoy muy seguro-, pero me atrevería a afirmar que tiene una placita con fuente; y paredes de adobe donde han pintado con almazarrón "Vivan los quintos del 69"; y hasta un pequeño café -ahora con televisión- que se quedaría sin parroquia cuando en esta tarde aciaga se dio la voz, eso si no tocaron la campana a rebato, como pasa a la hora solemne en que un pueblo tiene que llamar a sus mozos.

Antonio PEREIRA